

salvar á un aliado dudoso. Su conducta en esta parte de su vida excita una admiracion mezclada de dolor, sobre todo cuando se reflexiona que el respeto religioso que tenia por sus compromisos, lo arrastraba al término de su heroica existencia.

Despues de haber reunido sus tropas en Franconia siguió al ejército de Wallenstein á traves de la Turingia. Cerca de Arnstadt se le reunió el duque Bernardo de Weimar á quien habia enviado al encuentro de Pappenheim. Despues de esta union, el ejército que conducia en auxilio de la Sajonia constaba de veinte mil hombres de tropas aguerridas. La reina Eleonora habia ido á esperarlo á la ciudad de Erfürt, y su despedida fué tan tierna y conmovedora que parecia presagiar una separacion eterna. En efecto, la desgraciada Eleonora no debia volver á ver al héroe á quien adoraba, sino en el sarcófago real que lo estaba aguardando en Weissenfels.

El 1º de Noviembre de 1632 Gustavo-Adolfo entró á Naumburgo, antes de la llegada de las tropas que Wallenstein habia enviado para apoderarse de esta plaza. Los habitantes de toda la comarca habian acudido en tropel para contemplar al héroe, al ángel tutelar que un año antes habia aparecido en aquellos mismos lugares para salvarlos. Los gritos de alegría anunciaron su llegada, y en cuanto lo distinguieron, se prosternaron á sus piés disputándose el honor de tocar la vaina de su espada ó la extremidad de sus vestidos. Este tributo público de admiracion y reconocimiento lastimó su modestia. «¿No se creeria, dijo á sus oficiales, que este pueblo me toma por un Dios? Nuestros negocios caminan bien, pero temo que el cielo me haga expiar estas cul-

pables adulaciones y pruebe tal vez demasiado pronto á estos insensatos que no soy mas que un hombre como ellos.»

Asi fué como Gustavo-Adolfo, próximo á abandonar este mundo para siempre, se mostró mas amable y mas afectuoso que nunca. Habia llegado al apogeo de la gloria; pero temiendo siempre á la justicia divina, rechaza unos homenajes que no corresponden á un simple mortal, y, de esta manera, multiplica los derechos que habia adquirido ya á las lágrimas y al doloroso recuerdo de la posteridad, en el mismo instante en que iba á excitar los sentimientos y hacer correr las lágrimas de sus contemporáneos.

El duque de Friedland habia avanzado hasta Weissenfels, resuelto á establecer sus cuarteles de invierno en Sajonia y aceptar una batalla si no podia sostenerse en el país sino á este precio. Su conducta cerca de Nurenberg lo habia expuesto á la sospecha de no atreverse á combatir en campo raso con el héroe del Norte, y se veia en la necesidad de probar lo contrario si queria conservar intacta su gloria.

La superioridad numérica de su ejército le permitia contar con una victoria segura, sobre todo, si lograba empeñar el combate ántes de la reunion de las tropas sajonas con las de Suecia. Esta seguridad en el triunfo, dependia ménos de sus cálculos racionales que de las predicciones de su astrólogo Seni, quien pretendia haber leído en los astros que la estrella que tan favorable habia sido al rey de Suecia se eclipsaria en el mes de Noviembre. La posicion del ejército imperial estaba protegida por la cadena de montañas situada entre Camburgo y Weissenfels, y por el rio Saale, que corre á traves de estas montañas cuyos pasos son tan estrechos que un corto número de hombres es bastante para defender la entrada. El duque de Friedland, se lisonjaba por lo mismo

de que al elegir esta posición había puesto al rey de Suecia en la necesidad, ó de emprender el forzar estos desfiladeros con riesgo de sacrificar una parte de sus mejores tropas, ó de retroceder con su ejército á la Turingia donde sería diezmado por el hambre. El no haber podido apoderarse de Naumburgo le hizo perder una parte de sus ventajas, y no le quedó otro recurso que prepararse al combate. Sin embargo, el rey de Suecia no realizó la idea de Wallenstein, porque en lugar de avanzar en la dirección de Weissenfels, se atrincheró en los alrededores de Naumburgo resuelto á esperar el refuerzo que debía llevarle el duque de Lümburgo. En esta crítica situación, reunió Wallenstein un consejo de guerra compuesto de sus generales mas experimentados para decidir si sería conveniente atravesar los desfiladeros y ofrecer la batalla á los suecos ó esperar á que ellos fuesen á atacarle á su campamento. El primer punto fué desechado por unanimidad. Sin embargo, el cuidado con que Gustavo-Adolfo fortificaba su campo parecia anunciar la intención de fijarse en él, y la proximidad del invierno no permitía fatigar á los imperiales haciendo operaciones penosas é inútiles. La mayoría del consejo decidió por lo mismo que el partido mas prudente era terminar la campaña en el país en que se encontraban y mandar tropas á Westfalia y las orillas del Rin para contener allí los progresos de los suecos y socorrer á Colonia que estaba amenazada por los holandeses. El duque de Friedland cedió ante estas poderosas consideraciones, y persuadido de que el rey de Suecia estaba igualmente decidido á no comenzar de nuevo la campaña en Sajonia sino en la próxima primavera, destacó de su ejército un cuerpo considerable, que á las órdenes de Pappenheim debía libertar á Colonia y de paso apoderarse de la fortaleza de Moritzburgo

en las inmediaciones de Halle. El resto de sus tropas estableció sus cuarteles de invierno en las aldeas vecinas: el conde Kolloredo ocupó la ciudadela de Weissenfels, y Wallenstein se fijó no lejos de Merseburgo, entre el canal y el Saale, preparado á aprovecharse de la primera ocasión favorable para avanzar mas allá de Leipzig y cortar toda comunicación entre los sajones y los suecos.

En el acto que se informó á Gustavo-Adolfo de la partida de Pappenheim, levantó el campo y avanzó á marchas forzadas sobre Weissenfels. La noticia de este movimiento esparció la sorpresa y la consternación en el ejército imperial que no se componía mas que de doce mil hombres, mientras que el de los suecos constaba de mas de veinte mil. A pesar de esta inferioridad numérica Wallenstein se dispuso á aceptar la batalla, persuadido de que la sostendría con honor, hasta el regreso de Pappenheim que no podía estar mas que á unas diez leguas de distancia. Mientras que los correos encargados de llamarlo partían de hora en hora, Wallenstein desembocó en la llanura y se formó en batalla entre el canal y la pequeña ciudad de Lützen, cuya posición separaba completamente á los suecos de los sajones.

Tres cañonazos disparados desde el fuerte de Weissenfels de órden de Kolloredo anunciaron la proximidad del enemigo. A una señal convenida, los puestos avanzados de los imperiales mandados por el general croata Isolani se replegaron para tomar posición en las aldeas situadas sobre el Rippach. La débil resistencia que opusieron no pudo detener al enemigo, que pasó el rio cerca de la aldea del mismo nombre y se formó en batalla frente á los imperiales un poco mas abajo de Lützen. El canal que se extiende desde Zeitz hasta Merseburgo y reúne el Elster con el Saale, atraviesa el ca-

mino real de Weissenfels á Leipzig entre Lützen y Markkrantsadt. Sobre este canal apoyó Wallenstein el ala izquierda de su ejército y Gustavo-Adolfo la derecha del suyo: la caballería de los imperiales y la de los suecos se extendía mucho mas allá de este canal. Hacia el Norte, detras de Lützen, estacionaba el ala derecha de Wallenstein y el ala izquierda de Gustavo-Adolfo; los dos ejércitos daban frente al camino real que los separaba al uno del otro.

El duque de Friedland se habia apoderado de este camino desde la víspera y mandado cavar á los dos lados profundos fosos, en los cuales hizo ocultar varios pelotones de mosqueteros. Se habia establecido una batería de siete cañones de grueso calibre para proteger el fuego de estos mosqueteros. Un poco mas cerca de Lützen, sobre una altura en la que habia algunos molinos de viento, otra batería de catorce piezas de campaña dominaba una parte de la llanura. La infantería, dividida en cinco brigadas demasiado pesadas para poderse mover con facilidad, estaba apostada á trescientos pasos del camino, las cajas de municiones formaban la última línea, y se habian enviado á Leipzig los carros y los bagajes para que no estorbasen las maniobras.

Para que apareciese el ejército mas numeroso, los carreteros y los criados recibieron la orden de montar á caballo y colocarse á la extremidad del ala izquierda hasta que llegase el cuerpo de Pappenheim.

Gustavo-Adolfo se habia aprovechado tambien de la noche para tomar sus posiciones segun el sistema que un año antes le habia asegurado la célebre victoria de Leipzig. Pequeños escuadrones dividian la infantería, y entre la caballería estaban colocados algunos destacamentos de mosqueteros. El ejército entero estaba formado en dos líneas dando su

frente al camino real; por su espalda y flanco derecho corria el canal, y hacia el flanco izquierdo se levantaba la pequeña ciudad de Lützen. La infantería mandada por el general conde de Brahe ocupaba el centro, la caballería formaba las dos alas y la artillería el frente. En el ala izquierda un héroe alemán, el duque Bernardo de Weimar, mandaba la caballería alemana; y en la derecha, Gustavo-Adolfo se habia puesto á la cabeza de los ginetes suecos; esta disposicion no podia dejar de estimular á las dos naciones á rivalizar en valor y en heroismo. Detras de la segunda línea, formada en el mismo orden de batalla que la primera, estaba el cuerpo de reserva mandado por el general irlandés Henderson.

Colocados en estas posiciones respectivas, los dos ejércitos esperaron la aurora para comenzar un combate que debia dar al fin á la Europa la solucion del gran problema que inútilmente habia buscado en Nuremberg. Dos capitanes iguales en gloria y en capacidad iban por último á medirse en campo raso. Nunca desde el principio de la guerra, batalla alguna habia excitado tantos temores y esperanzas, y jamas la victoria habia prometido resultados mas importantes. El dia, cuyos primeros albores se esperaban con tanta impaciencia, debia mostrar á la Alemania quién era el mas gran capitán y dar un vencedor al que hasta entónces habia sido invencible. Aquel dia iba á probar tambien si Gustavo-Adolfo debia las brillantes victorias que habia alcanzado en la llanura de Leipzig y en las orillas del Lech á la superioridad de su génio ó á las faltas de sus enemigos. Para el duque de Friedland, aquel dia era igualmente de una gran importancia, porque le proporcionaba el único medio de justificar el nombramiento del emperador, mostrándose mas grande todavia que el precio que se habia atrevido á fijar á sus servicios. Cada uno de los sol-

dados, orgulloso de su jefe, participaba también de sus emociones. Era imposible adivinar cuál de los dos ejércitos conseguiría la victoria, pero todo el mundo comprendía que costaría tan cara al vencedor como al vencido. Conocían bien al enemigo á quien tanto habían deseado ver frente á frente, y la inquietud que aceleraba los latidos de los corazones más valientes, era un testimonio involuntario, pero glorioso, que se tributaba al valor de los contrarios.

El día apareció por fin. Una espesa niebla envuelve el campo de batalla y no permite todavía comenzar el ataque. Para prepararse dignamente á él, el rey de Suecia se arrodilla y hace su oración al frente de su ejército: en el acto se prosternan todos los soldados y entonan en coro un acto religioso que la música de los regimientos acompaña y hace todavía más imponente. Concluida la oración, se levanta el rey y monta á caballo; una herida reciente y que aun no está cerrada no le permite ponerse armadura; vestido con un justillo de piel de búfalo y un sobretodo de paño, recorre todas las filas y dirige la palabra á cada soldado. Su elocuencia sencilla y enérgica infunde á los corazones más tímidos una confianza que los sombríos presentimientos que oprimen su pecho no le permiten abrigue á su vez. A las once de la mañana se disipa la niebla. Se puede entonces ver al enemigo y con él á la ciudad de Lützen, presa de las llamas encendidas por órden de Wallenstein, quien, con esta medida bárbara hacia imposible que los suecos lo cercasen por este lado y atacasen su flanco.

Apenas se distinguen los dos ejércitos cuando atruenan el aire con sus gritos de guerra respectivos: «¡Jesus y María!» aullan los imperiales: «¡Dios con nosotros!» responden los suecos: y la caballería se precipita á la carga, y la infante-

ría corre hácia los fosos que impiden el paso del camino. A pesar del fuego de mosquetería y del cañoneo que los recibe, los intrépidos batallones suecos salvan los fosos, rechazan á los mosqueteros que los defienden, se apoderan de la batería y la dirigen inmediatamente contra el enemigo. Nada puede contener su impetuosidad; la primera de las cinco brigadas de la infantería imperial es arrollada: la segunda tiene la misma suerte: la tercera comienza á vacilar, cuando el duque de Friedland acude con la velocidad del rayo y se opone á su huida. La serenidad y la palabra poderosa y terrible de este gran general restablecen el órden; la tercera brigada se detiene, las dos primeras, cuya derrota ha sido completa, se reunen sostenidas por tres regimientos de caballería, hacen frente de nuevo al enemigo y en breve penetran en sus filas diezmadas por la muerte. Una lucha encarnizada comienza entonces, pero falta espacio para servirse de las armas de fuego; este obstáculo irrita el furor de los combatientes; el arcabuz y el mosquete que son ya inútiles, son reemplazados por el sable y por la pica: el valor personal suplía al arte, y el campo de batalla no es más que circo de gladiadores. Oprimidos por el número y debilitados por la fatiga, los suecos retroceden más allá de los fosos; la batería conquistada vuelve á caer en poder de los imperiales; millares de cadáveres mutilados cubren el suelo, pero ninguno de los dos ejércitos ha cedido al otro ni una sola pulgada de terreno.

Mientras que el centro luchaba de este modo, el ala derecha mandada por Gustavo-Adolfo combatía contra la izquierda del enemigo. Al primer choque de los coraceros finlandeses se dispersó la caballería croata y polaca que estaba armada más á la ligera, y su huida introdujo el desórden en

esta parte del ejército imperial; pero al mismo instante avisan al rey que su infantería retrocede y que el ala izquierda, incapaz de sostener mas tiempo el fuego de las baterías colocadas en la altura en que se encuentran los molinos de viento, comienza á flaquear. Confiando en el acto al general Horn el cuidado de perseguir al enemigo que acababa de derrotar, vuela al socorro de los suyos á la cabeza del regimiento de Stenbock. Su noble corcel lo lleva mas allá de los fosos con la rapidez del relámpago; el paso del regimiento se efectúa con mas lentitud; algunos ginetes y el duque Francisco Alberto, el mas jóven de los hijos del duque de Lauenburgo, son los únicos que están bastante bien montados para poder seguirlo. En medio de su impetuosa carrera, el héroe del Norte ve á su infantería que retrocede siempre, y sin embargo, su mirada busca un punto vulnerable en las filas del enemigo, hácia el cual dirigir otra vez sus batallones. El ardor que lo anima y la debilidad de su vista que por naturaleza era corta, lo conducen tan cerca de los imperiales, que uno de los sargentos de éstos, al verlo atravesar al galope, dijo á uno de los mosqueteros que estaban á sus órdenes: "Apunta á ese hombre, debe ser un gran señor, porque todos los suyos se hacen á un lado para dejarlo pasar." El mosquetero obedece, y su bala rompe el brazo izquierdo del rey. El regimiento que no habia podido seguirlo sino de lejos, se le une al fin. A la vista de su sangre, el grito terrible y mil veces repetido de "¡El rey está herido! el rey ha muerto!" lleva la consternacion y el terror á todas las filas. En vano el intrépido Gustavo-Adolfo reúne sus fuerzas, asegura que su herida es ligera y excita á los suecos á seguirlo al combate; el dolor, y sobre todo, la pérdida de su sangre que corre en abundancia le impiden avan-

zar. Entónces pidió al duque de Lauenburgo, pero en frances para que él solo comprendiera, que lo sacase, sin ser notado, fuera del lugar del combate. El duque obedeció, y tal vez para evitar á los suecos el espectáculo de su rey herido, tomó el camino mas largo para conducirlo á la ala derecha y victoriosa de su ejército. Durante el trayecto una segunda bala le atraviesa la espalda; el resto de sus fuerzas lo abandona, se siente desfallecer y tendiendo la mano al duque de Lauenburgo le dice con voz moribunda: "Hermano, todo ha concluido para mí; alejate, déjame y procura salvar tu vida." Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando cayó del caballo; una lluvia de balas lo cubre de nuevas heridas y espira, abandonado por el hombre á quien creia su amigo, ignorado de los suyos y rodeado por los sanguinarios bandidos croatas.

La vista de su caballo cubierto de sangre y que huía solo y al acaso, revela bien pronto á la caballería sueca el horrible golpe que acaba de herirla; clama por el cadáver de su rey, y para poseer sus restos inanimados, se entabla un combate mas furioso aún que todos los que le han precedido. En breve el ejército entero sabe que ya no tiene jefe, pero esta espantosa noticia lejos de abatir su intrepidez, lo exalta hasta el furor. ¿Quién se atreveria á poner un precio á su vida, cuando la mas gloriosa, la mas útil de todas, acaba de llegar á su término? ¿cómo era posible que un hombre sin importancia temiese los golpes de la muerte, cuando ella habia herido á una cabeza coronada, á una cabeza que pensaba por todos y que habia envejecido cuidando los intereses de los demas?

Los uplandeses, los smalandeses, los finlandeses, los ostrogodos y visigodos se arrojan con la rabia de leones sedientos

de sangre sobre el ala izquierda del enemigo y la ponen en completa derrota: pero en vano huye todo delante de ellos, no saben aprovecharse de su victoria. De repente el duque Bernardo de Weimar se pone á su cabeza y dirige el ódio de que están animados en provecho de todos. El génio de Gustavo-Adolfo parece mecerse sobre su ejército victorioso. El ala izquierda se apodera de las baterías que están junto á los molinos de viento, y los imperiales reciben el fuego de sus propios cañones. El centro pasa de nuevo los fosos y se apodera de la batería que los defendía y se precipita sobre las pesadas brigadas del enemigo, quien resiste cada vez mas débilmente. La casualidad se liga con el valor sueco, porque el fuego incendia los cajones de parque de los imperiales, quienes al aspecto de las bombas y granadas que estallaban en medio de una espesa nube de humo, se creen cercados por todas partes y que su artillería ha caído en poder de los suecos.

El combate tocá á su fin: un solo instante mas y la derrota de los imperiales es completa; un nuevo capricho de la fortuna retarda esta decision. Pappenheim acababa de llegar al campo de batalla con ocho regimientos de dragonés y coraceros. Este refuerzo considerable repara y nulificadas las pérdidas que los imperiales han sufrido hasta aquel momento, y la lucha principia otra vez. La presencia de ánimo de Pappenheim detiene á los fugitivos y su valor los conduce de nuevo al combate. Arrastrado por su heroismo salvaje y por el deseo de encontrar á Gustavo-Adolfo, á quien busca en el punto mas peligroso, carga sobre la caballería sueca que, cansada de vencer, retrocede delante de aquel nuevo torrente de enemigos que renace sin cesar como si saliese de las entrañas de la tierra. La inesperada llegada de

Pappenheim ha reanimado el valor de la infantería imperial, y el duque de Friedland se aprovecha en el acto de este instante favorable para reunir la y formar un nuevo órdén de batalla.

En su primer ataque, los batallones suecos son rechazados mas allá de los fosos y por la segunda vez pierden la batería cuya doble conquista les ha costado tan caro. El regimiento amarillo, el mas valiente de todos los que en esta jornada han dado tantas pruebas de heroismo, se encuentra tendido todo entero en el suelo en el mismo órdén admirable que lo ha distinguido durante el combate. El regimiento azul que se batía contra Piccolomini, experimenta la misma suerte despues de una resistencia que raya en prodigio, porque siete veces el célebre y valiente general austriaco vuelve á la carga, siete veces le han matado el caballo que montaba y ya ha recibido seis balas de mosquete, cuando al fin queda dueño del terreno en el momento en que el postrer soldado del regimiento sueco ha exhalado el último suspiro.

Durante estas luchas terribles y en medio de una lluvia de balas de fusil y de cañon, Wallenstein, tranquilo é impassible sobre su caballo de batalla, ha recorrido con mesurados pasos todas las filas como si se hubiera tratado de una simple revista. Con un solo gesto ha hecho distribuir socorros á los heridos; aquí, su mirada reprende al tímido y le vuelve el valor; allá la misma mirada aplaude un rasgo de arrojo é infunde ánimo á todos. Su capa está atravesada por una lluvia de balas, los regimientos enteros caen á su alrededor y él permanece en pié y sin heridas, el dios de la venganza vela por sus dias, porque ya aguza el hierro que debe darle una muerte ménos gloriosa: Wallenstein no era digno de

exhalar su alma culpable en el campo del honor santificado con la noble sangre de Gustavo-Adolfo.

En esta cruel jornada, Pappenheim, el Telamon del ejército imperial, el campeón mas terrible de la casa de Austria y de la Iglesia católica, fué ménos dichoso que su gefe. Sin escuchar mas que la necesidad de medirse personalmente con el rey de Suecia se habia precipitado en medio de las luchas mas encarnizadas. Por otra parte, Gustavo-Adolfo habia manifestado el mismo deseo; tambien él habia buscado en el campo de batalla al general enemigo cuyo valor admiraba. La muerte se habia reservado el privilegio de cumplir estos deseos. Ella ha reunido á los dos héroes y sin duda los ha reconciliado tambien porque ella extingue todos los odios, todas las rivalidades de la tierra. Con el pecho atravesado por dos balas, Pappenheim fué llevado á fuerza, lejos del campo de batalla.

Cuando vendaban sus heridas oyó murmurar á su alrededor, que el adversario á quien habia buscado con un empeño tan imprudente hacia mucho tiempo que habia dejado de existir, y cuando le confirmaron esta noticia, se animó su rostro, y una chispa de alegría brilló en sus ojos extinguidos. «Ahora, dijo, ya no os impido el ir á avisar al duque de Friedland que he sido herido de muerte. Añadid que muero contento, porque sé que el mas irreconciliable enemigo de mi religion, ha muerto ántes que yo.»

La fortuna de Wallenstein parecia haber abandonado el campo de batalla con el general que se habia presentado en él de una manera tan inesperada. Apenas la caballería del ala izquierda, vencida ya dos veces, notó la ausencia de Pappenheim, cuando creyéndolo perdido todo, buscó su salvacion en la fuga. El mismo terror se apoderó del ala derecha

con excepcion de cuatro regimientos, á quienes el denuevo de los coroneles Goetz, Terzky, Kollaredo y Piccolomini obligó á conservar sus posiciones. Aprovechándose de la consternacion del enemigo, la infantería sueca llena los huecos que la muerte ha hecho en sus filas; formándose de nuevo en una sola linea, se precipita sobre los fosos, los vuelve á salvar y por la tercera vez se apodera de la batería.

Hacia ya mucho tiempo que el sol descendia hácia el horizonte, el dia, y con él aquella lucha terrible van á concluir; pero los últimos esfuerzos de los combatientes tienen todo el furor de un primer ataque, por ambas partes la desesperacion, el valor y la pericia se disputan los últimos minutos que deben decidir de una jornada perdida en combates tan sangrientos como inútiles. ¡Vana esperanza! ¡Ninguno sabe huir, pero tampoco hay quien sepa vencer! El valor crea prodigios que se sobrepujan sin cesar; y cuando la táctica parece agotada por tantas maravillas, produce de nuevo otras mas sorprendentes todavía. La niebla y la oscuridad de la noche traen por fin el resultado que la igualdad del valor de los combatientes no ha podido obtener. Cesa la carnicería porque no se puede distinguir ya al enemigo. Suenan las trompetas, los dos ejércitos se separan de comun acuerdo, y cada uno de ellos proclamándose no vencido desaparece del campo de batalla.

Cuando el general Pappenheim recibió el pliego que lo llamaba á Lützen, acababa de entrar á Halle, y sus tropas estaban tan ocupadas en el saqueo de esta ciudad que le fué imposible reunir las con la prontitud que la gravedad de las circunstancias exigia. Dejándoles la orden de seguirlo lo mas pronto posible, partió con los ocho regimientos que habian acudido á su primer llamamiento. Llegó al campo de batalla

en el momento de la derrota del ala izquierda del ejército imperial y se encontró envuelto en ella por un momento; con su sangre fría y su valor consiguió detener á los fugitivos y á conducirlos de nuevo al combate. Si su infantería se le hubiera reunido á tiempo, tal vez habria cambiado el éxito de la jornada y habria evitado á Wallenstein la vergüenza de verse fesar vencido al abandonar al enemigo su artillería y el campo de batalla. Pero este refuerzo tan impacientemente esperado no llegó sino algunas horas despues de la retirada de los dos ejércitos y no encontró en la llanura de Lützen mas que caballos sin dueño y los cañones que Wallenstein en su huida precipitada habia dejado en el lugar del combate.

Las tropas de Pappenheim se limitaron á contemplar este espectáculo sin poder adivinar cuál habia sido el resultado de la lucha. Sin órdenes que normaran su conducta y sobre todo sin tener un gefe bastante atrevido para encargarse de la responsabilidad de cualquiera empresa, tomaron el camino de Leipzig, donde esperaban encontrar al generalísimo y al ejército. A esta ciudad, en efecto, habia ido á buscar un refugio el duque de Friedland. Al dia siguiente se le reunieron los restos diseminados de su ejército, sin armas, sin artillería y sin banderas.

Por su lado el duque Bernardo de Weimar hizo descansar al ejército entre Weissenfels y Lützen con el objeto de rechazar al enemigo si intentaba apoderarse del campo de batalla cubierto con mas de nueve mil cadáveres. El número de heridos era mucho mas considerable, y del ejército imperial particularmente ni un solo hombre habia salido sano y salvo de esta batalla encarnizada. De los dos lados una parte de la primera nobleza habia perecido.

Convencido de antemano de la victoria de Wallenstein, la

que debía necesariamente producir la ruina de la reforma, el abate de Fulda quiso presenciar este combate que tenia tanta importancia para él y pagó con la vida su fanatismo curioso. La historia no hace mención de los prisioneros, lo que es una nueva prueba del furor de los combatientes que no querian dar ni recibir cuartel.

Pappenheim, á quien habian trasportado moribundo á Leipzig, no sobrevivió mas que veinticuatro horas á sus heridas. Su muerte fué una pérdida irreparable para el ejército imperial al que tantas veces habia conducido á la victoria. La batalla de Praga en la que habia combatido al lado de Wallenstein habia sido el principio de su carrera militar. A pesar de una herida de gravedad que recibió en esta batalla y del corto número de soldados que habian permanecido en pie al rededor de él, puso en fuga á un regimiento entero. Habiendo caido á su vez, permaneció muchas horas entre los muertos y bajo el peso de su caballo. Algunos merodeadores imperiales que habian ido á despojar los cadáveres, lo reconocieron y le salvaron la vida. Mas tarde, con muy pocas tropas sometió á los rebeldes de la alta Austria: su valor retardó la derrota de Tilly en Leipzig y á él debió el emperador las importantes ventajas que se obtuvieron en el Elba y en el Wesser. Su valor salvaje que no retrocedia ante ningun peligro, hacia que se le considerase como el instrumento mas terrible de un general en gefe, pero tambien lo hacia incapaz de desempeñar él mismo este puesto. Si se cree el testimonio de Tilly, la intrepidez de Pappenheim que tan útil le habia sido al comenzar la batalla de Leipzig, causó algunas horas despues la pérdida de esta misma batalla. Tuvo tambien una parte sangrienta en el saqueo de Magdeburgo, por que la vida del campamento lo habia hecho perder por grades



todos los principios de la moral y todos los sentimientos de humanidad y de verdadero honor que debía á una educacion distinguida y á sus numerosos viages por los países mas civilizados de la Europa. Además, desde su nacimiento parecia haberlo destinado la naturaleza á la profesion de las armas, porque lo habia marcado con una mancha roja en la frente en forma de dos sables en cruz. La edad borró un poco el color de esta mancha; pero en cada emocion que aceleraba la circulacion de la sangre aparecia mas encendida que nunca.

¿Nos admiraremos, por lo mismo, si la supersticion tan poderosa en aquella época vió en este fenómeno la prueba de que el conde de Pappenheim estaba predestinado á exterminar por medio del hierro y del fuego á los enemigos de la Iglesia romana? Su vida entera estuvo consagrada á justificar esta creencia, y las dos ramas de la casa de Austria rivalizaron en darle testimonios de su satisfaccion; pero la única recompensa que hacia mucho tiempo ambicionaba llegó demasiado tarde; el correo que llevaba al conde de Pappenheim la condecoracion de la orden del Toison de oro partió de Madrid el mismo dia que este general espiraba en Leipzig. Wallestein habia, por decirlo así, proclamado él mismo su derrota, abandonando su artillería en el campo de batalla y evacuando inmediatamente la Sajonia, á pesar de la resolucion que habia tomado de establecer en ella sus cuarteles de invierno; pero no por eso dejaron de cantar el «Te-Deum» en todas las ciudades del Austria y de la España para celebrar su triunfo. La victoria, sin embargo, no podia ser dudosa; el duque Bernardo de Weimar habia permanecido en posesion de la llanura de Lützen, á pesar de los regimientos de croatas que Wallenstein envió al dia siguiente á apoderarse de ella; y poco despues este príncipe tomó todas las

otras plazas fuertes de la Sajonia. Pero esta victoria habia costado mas caro á los suecos; y los gritos de alegría y de triunfo fueron muy pronto reemplazados por una sombría desesperacion, porque no habia vuelto con ellos del combate el héroe que los habia acostumbrado á vencer; habia quedado entre los cadáveres mutilados, sobre el campo en que su nombre solo habia bastado para ganar la batalla. Se pusieron á buscarlo y lo encontraron finalmente cerca de una enorme piedra que hacia mas de un siglo estaba entre el canal y Lützen, y á la cual, por este funesto acontecimiento, se le puso el nombre de «piedra de los suecos.»

El cuerpo de Gustavo-Adolfo, oculto bajo un monton de cadáveres, estaba cubierto de sangre y de heridas: destrozado por los piés de los caballos y despojado de sus vestidos. En aquel deplorable estado se le trasportó á Wessenfels, donde fué recibido por los sollozos de sus soldados y los gritos de desesperacion de la reina. El ejército habia comprendido que para pagar el primer tributo que debia á la memoria de su rey era preciso vencer á sus enemigos, bañar con su sangre y cubrir con sus cadáveres la tierra donde habia exhalado su último suspiro; pero en cuanto la venganza debida al monarca quedó satisfecha, los sentimientos de ternura recobraron sus derechos y se pusieron á llorar al hombre. Sumergidos en un mudo dolor, los gefes rodearon su sarcófago, y no comprendian todavía la extension de su pérdida.

Cuenta Khevenhiller, que cuando presentaron á Fernando II el justillo de piel de búfalo que Gustavo-Adolfo llevaba durante la batalla, y todavía estaba cubierto de sangre, este monarca mostró de una manera delicada el sentimiento de tristeza y de pesar que le causaba su muerte. «Desgraciado, exclamó, gustoso le hubiera deseado una larga exis-